

EL RESPETO DE LA MUJER POR SU MARIDO

“Y la mujer respete a su marido” Ef. 6:33

El gran deber de toda esposa es respetar a su marido. Ella debe cumplir con otros deberes, como ustedes han aprendido, pero el principal deber que ella tiene para con su marido es éste. Esta es su cualificación particular como esposa. Ella nunca tendrá sabiduría, conocimiento y gracia, sino honra a su marido, si no hace esto, ella no será una buena esposa.

El deber del respeto hacia el marido parte desde la creación misma: Ella fue hecha después del hombre. Él debe ser honrado por su antigüedad: *“Porque Adán fue formado primero, después Eva”* (1 Tim. 2:13). Ella fue hecha del hombre, él fue la piedra de donde ella fue tallada: *“Porque el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón”* (1 Cor. 11:8). Ella fue hecha para el hombre: *“Y tampoco el varón fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón”* (1 Cor. 11:9). De manera que no es el hombre quien ha establecido este orden, sino Dios mismo.

Regresemos a la caída y allí escucharemos lo que dice Dios: *“Y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti”* (Gén. 3:16). Veamos en el Nuevo Testamento, aunque Cristo fue nacido de mujer, no se cambia este principio inviolable: *“Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor”* (Col. 3:18). *“Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos”* (1 P. 3:1). *“Considerando vuestra conducta casta y respetuosa”* (v. 2). *“Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos”* (v. 5).

Si ella es una buena esposa, pero su marido es un hombre muy malo, no obstante, es su deber honrarlo. No es conforme a la naturaleza ni a la decencia, que la cabeza esté ubicada por debajo de las costillas. Cuando ella decide honrar a su marido, sometiéndose a él, encontrará mucho placer y le será fácil cumplir con este deber. Si el Dios sabio lo ha ordenado, es porque así es mucho mejor.

Estudiaremos este tema desarrollando los siguientes aspectos:

- I. La naturaleza de este deber: reverenciar al marido
- II. El patrón bíblico para el respeto de la mujer hacia su marido
- III. La reverencia de la mujer, descrita por los efectos que produce

I. La naturaleza de esta reverencia. Es una verdadera, cordial y conyugal reverencia, como es propio de una buena mujer; y se compone de:

1. La esposa debe honrar y estimar a su marido. *“Todas las mujeres darán honra a sus maridos, desde el mayor hasta el menor”* (Est. 1:20). Con este fin, la esposa debe contemplar todas las excelencias que hay en su marido, sean físicas o mentales, para establecer un valor sobre ellas; ella no debe pensar que todas las cosas son malas en su esposo. Pero si su marido es un villano, un hombre muy malo, la esposa también debe valorarlo y estimarlo, pues, el Espíritu Santo ha dicho que *“él es imagen y gloria de Dios”* (1. Cor. 11:7). Sea lo que sea él en sí mismo o para otros, para la esposa él es una persona sin igual. Así como lo estimaba cuando lo escogió como esposo, lo debe seguir estimando por el resto de sus días.

La esposa debe considerar que su honor y respeto entre su familia y vecinos sube o baja de acuerdo al honor y respeto que ella tenga hacia su marido.

2. Esta reverencia está hecha de amor. Aunque el deber de amar es impuesto como una gran obligación sobre el marido, es también un deber de la esposa: *“Que enseñen a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos”* (Tito 2:4). Así como Sara, Rebeca y Raquel dejaron a sus padres, amigos y nación por el amor a sus maridos; no hay mejor manera de acrecentar el amor del esposo sino es a través de la reverencia que le dé su mujer, eso hará que el deber de amar sea algo dulce y sencillo.

3. El tercer ingrediente de la reverencia que la esposa le debe a su marido, es el temor. Esto es requerido: *“Considerando vuestra conducta casta y respetuosa”* (1 P. 3:2). Lo uno no es suficiente sin lo otro. Este “respeto” hace referencia a una diligencia prudente para complacerlo y cuidar de nunca ofenderlo. No se trata de tenerle miedo al marido, sino de respetarlo así como la iglesia respeta a Jesucristo.

II. Ahora, vamos a rastrear la reverencia de la mujer para con su marido siguiendo el patrón bíblico:

1. La esposa debe respetar a su marido, así como la Iglesia lo hace con Jesús. *“Las casadas estén sujetas a sus propios maridos como al Señor”* (Ef. 5:22), y en el verso 24 dice: *“Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo”*. Los ejemplos son frecuentemente un gran estímulo, sobre todo si proceden de gente sabia y santa. Aquí encontramos el ejemplo de toda la gente sabia y piadosa en el mundo (la Iglesia) para convencer a la esposa de que reverencie o respete a su marido. El apóstol afirma que es un deber de la mujer someterse al marido, porque la iglesia está sometida a Cristo. Hay dos cosas que proclaman el respeto que la Iglesia tiene hacia Cristo:

(1) *La materia de su sujeción.* Ella se sujeta en todo, no sólo en lo que le agrada o es de su interés. Por eso dice el apóstol: *“Así que, como la Iglesia está sujeta a Cristo, así también*

las casadas lo estén a sus maridos en todo” (Ef. 5:24), esto es, en todo lo que no esté prohibido por un poder superior o la Ley de Dios. De hecho, si una cosa es inconveniente, la esposa puede suavemente razonar con su marido mostrándole, con sujeción y respeto, la inconveniencia de ello, pero si no puede convencerlo, ella debe, si no hay pecado en el caso, someter su razón y su voluntad a la decisión del esposo, así no la comparta.

(2) *La forma de su sujeción habla de su respeto*, el cual es libre, alegre y dispuesto. La Iglesia se entrega a sí misma a la voluntad de su esposo, hasta el punto en que podemos hacer de este mandato un patrón para la esposa: “*Sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres*” (Ef. 6:7). El sometimiento y el servicio que rendimos al Señor es con buena voluntad. Así debe ser el sometimiento de la esposa, con total libertad y disposición. Por lo tanto, la mala disposición o un espíritu de contradicción es inapropiado para la mujer creyente, lo cual siempre será un aguijón en su corazón y también será culpa sobre ella; por lo general, esta falta de sujeción es una señal de orgullo desvergonzado, engreimiento, y lleva consigo la maldición de crear confusión en el ambiente familiar. Si el gobierno de su marido es demasiado pesado para usted, que él responda ante Dios por su severidad, y no que tengas que responder tú por el desprecio a su autoridad.

2. La esposa debe respetar a su marido, como los miembros del cuerpo hacen con la cabeza. “*Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su salvador*” (Ef. 5:23). Él es la cabeza porque está llamado a influenciar y amar: este es el privilegio de la esposa. Él es la cabeza por su eminencia y autoridad: esto le pertenece al varón. ¿Cómo podría ella beneficiarse de la cabeza sino la honra? Deshonrar la cabeza de un hombre es contado entre los pecados contra natura “*Todo varón que ora o profetiza con la cabeza cubierta, afrenta su cabeza*” (1 Cor. 11:4). Un velo sobre la cabeza del varón es afrenta contra su naturaleza de autoridad, lo mismo sucede cuando una mujer no se somete al marido, ella está atentando contra el orden natural que Dios ha diseñado en su creación. Ella no debe contradecir los fines que tiene la cabeza. Es absurdo que la cabeza vaya en una dirección y la costilla vaya para otro lado. Ella debe seguir fácilmente las instrucciones y consejos de la cabeza. Los miembros del cuerpo no deben enseñar a la cabeza el camino que debe tomar. Ellos la apoyan, pero no la dirigen. Será la sabiduría y el deber de la esposa someterse al marido como a la cabeza (con excepción de los casos en que la cabeza esté loca o notablemente perturbada).

III. La reverencia de la mujer es descrita por los efectos que produce.

1. En palabra. “*Porque de la abundancia del corazón habla la boca*” (Mt. 12:34). Si existe ese temor interno y, el respeto que Dios requiere está en el corazón, será notorio por las palabras de su boca. La ley que ata el corazón a la obediencia a Dios es la misma que gobierna a la lengua: “*Abre su boca con sabiduría y la ley de clemencia está en su lengua*”

(Prov. 31:26). Y aquí sin duda: “*La lengua apacible es árbol de vida*”, mientras que “*la perversidad de ella es quebrantamiento de espíritu*” (Prov. 15:4).

Ahora bien, esta reverencia de la mujer es mostrada en:

(1) *En la forma cómo habla a su marido.* Ella siempre le debe hablar con respeto y honor. Así su marido sea un villano, ella le habla con reverencia. Ella cumple gozosamente con el papel que Dios le ha asignado, y será altamente bendecida por ello. Veamos el ejemplo que nos pone el apóstol a través de Sara: “*Como Sara obedecía a Abraham, llamándole Señor; de la cual vosotras habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien...*” (1 P. 3:6). Y esto no sólo fue expresado por sus labios sino que era el lenguaje de su corazón, como lo encontramos en Génesis 18:12 “*¿Después que he envejecido tendré deleite, siendo también mi señor ya viejo?*” (Gén. 18:12). Y ninguna esposa es tan grande o buena como cuando imita el ejemplo de Sara dirigiéndose a su esposo con expresiones y títulos respetuosos. Mujeres, recuerden esto: todo el oprobio y la ignominia que se vierte sobre los esposos, indefectiblemente redundará para la vergüenza de su mujer. El honor y la reputación de los dos se levantarán o caerán juntos.

(2) *Las palabras de la mujer para con su esposo deben estar llenas de reverencia.* Ella debe tener cuidado:

a. De no interrumpir a su marido mientras él esté hablando y de no responderle 10 palabras por una que él le dijo. Una mujer que guarda silencio es más sabia que la que es de muchas palabras. La mujer sabia medirá y ahorrará sus palabras, pues, si no frena su lengua, su religión es vana (Stg. 1:26).

b. Ella debe ser cuidadosa en la calidad de sus palabras, es decir, deben estar revestidas de mansedumbre y respeto. La mujer debe especializarse en estudiar cómo desarrollar “*un espíritu afable, que es de grande estima delante de Dios*” (1 P. 3:4), y delante de los hombres. Cuando el corazón ha sido transformado por la Gracia de Dios, entonces, las palabras de la mujer tendrán el olor de la gracia. Dios ha dicho: “*la lengua blanda quebranta los huesos*” (Prov. 25:15). Esto es más que lo que una lengua virulenta podrá alcanzar. Será un consuelo inefable en el día del juicio cuando ella mire las victorias que su paciencia ha alcanzado, y cuántas veces su tranquilo silencio y las suaves respuestas conquistaron la paz. Esto es una verdad: La ira y la pasión nunca podrán alcanzar lo que se obtiene a través de la humildad y el respeto.

2. La obediencia y respeto de la mujer hacia su marido, deben estar en armonía con las Sagradas Escrituras. La mujer casada está obligada, en conciencia, a obedecer a su esposo en todo lo que no sea contrario a la voluntad de Dios. De hecho, si él le ordena hacer cualquier cosa que se opone a la Ley de Dios, si él la empuja a decir una mentira, o

dar un falso testimonio; ella, con modestia y respeto, debe rehusarse a hacerlo. Si el marido le prohíbe orar, leer las Escrituras, santificar el día del Señor o algo similar, entonces ella debe *“obedecer a Dios antes que a los hombres”* (Hch. 5:29). Pero en todos los demás casos, aunque ella puede respetuosamente dialogar con él buscando razonar sobre alguna decisión, su obediencia será el mejor sacrificio y su cumplimiento será el medio para hacer el yugo un tanto más fácil.

La honra al marido también se evidencia en la dedicación que la esposa tiene al cuidado de su casa. La casa es el lugar correcto para la esposa, porque ella es la belleza del hogar. En casa están sus negocios, y allí ella está a salvo. Cuando el sol y la luna desaparecen el cielo se pone oscuro, de la misma manera, cuando el marido y la mujer están fuera de casa, muchos trastornos habrá en el hogar. La mujer creyente es contraria a la mala mujer, de la cual dice la Biblia *“Sus pies no pueden estar en casa”* (Prov. 7:11).

También, donde el esposo juzga más convenientemente habitar, la esposa debe consentir alegremente en vivir con él, aunque ella se sienta un poco incómoda.

Por lo tanto, el que manda a las mujeres *“a amar a sus maridos”* (Tito 2:4), luego les ordena *“a ser prudentes, castas, cuidadosas de sus casas, buenas, sujetas a sus maridos, para que la Palabra de Dios no sea blasfemada”* (v. 5).

Algunos maridos son muy malos, pero la discreción y el respeto de una mujer podrá reformarlos; y algunas esposas son de muy mal carácter, pero la sabiduría y el amor de un marido le harán mucho bien.

Conclusiones y aplicaciones:

Que no se le olvide a la mujer el reverenciar a su esposo, porque ella no dejará de ver en él cosas que le incitan más a despreciarlo que a honrarlo. Y si en él hay algo digno de honra, por el deseo pecaminoso que cada cónyuge tiene de sobresalir, ella tratará de ignorarlo. Como dice Calvino *“Si tiene algún bien, ella intentará obscurecerlo a fin de que tenga ocasión de decir: “¿Y por qué éste tendrá preeminencia por encima de mí? Porque él no es más capaz de dominar que yo”*. Y sabemos la pretensión que está en los hombres y las mujeres. Porque cada uno piensa ser más hábil que su compañero. Las mujeres, pues, querrían gobernar y ser las amas. He aquí porqué S. Pablo amonesta que ellas han de permanecer en la condición en la que Dios les ha puesto, a saber, estar sujetas, que no tienen que examinar lo que está en sus maridos, para saber si son dignos de dominar y tener superintendencia; que conozcan que lo que Dios ha establecido se tiene que observar sin contradicción ni réplica, y que no hay que inquirir: *“¿Y por qué esto, y por qué lo otro?”*, a

fin de tener excusa para estar libres de la obediencia de Dios y de lo que Él nos ha ordenado.”¹

Algunas mujeres se excusan en su falta de sujeción e irreverencia hacia sus maridos diciendo: “Es que él no ha conquistado mi obediencia. Su mala conducta y su falta de amor me han llevado a ser irrespetuosa para con él.” Pero esto no es lo Dios dice. El Espíritu Santo manda a toda mujer respetar y reverenciar a sus maridos, independientemente de lo que haya en ellos. Esposa cristiana, así como el marido ganará tu respeto y sumisión con su abundante amor, tu ganarás el amor de tu esposo con tu obediencia y respeto hacia él. Hónralo y él te amará.

El pecado ha pervertido tanto las cosas, que este mandato ha sido trastocado. Hay mujeres tan irreverentes para con sus maridos, que éstos son los que desarrollan un temor hacia ellas. Ellos no se atreven a tomar ciertas decisiones si la mujer no está con ellos en el momento de decidir, porque temen la reprimenda, la mala respuesta y la manipulación sentimental de sus díscolas e irritables esposas.

Algunas esposas, incluso algunas creyentes, podrán decir: “¿Cómo voy a reverenciar a mi esposo? ¿Acaso soy inferior a él? Sólo reverencio a Dios y a mis padres. Los dos somos cabeza, porque ambos tenemos la misma dignidad y la Biblia dice que los hombres y mujeres somos iguales.” Pues, es verdad, ambos son iguales en dignidad y los dos tienen la misma inteligencia. Aquí no se trata de superioridad, sino del diseño que Dios estableció. Dios es un dios de orden, y a él le plació establecer el principio cabeza-sujeción, no sólo en la creación, sino en las relaciones intratrinitarias.

Escuchemos lo que dice Pablo: “*Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo*” (1 Cor. 11:3). Cabeza, en este contexto, significa “autoridad”. El varón ha sido puesto por autoridad sobre la mujer, pero el varón, a la vez, está sujeto a una autoridad superior, Cristo. Pero el mismo Cristo está en sujeción a Dios el Padre. Preguntémosnos: ¿Es el Padre superior al Hijo? De ninguna manera. ¿Es el varón superior a la mujer? De ninguna manera. Pero así como Cristo se somete al Padre y sólo está interesado en hacer lo que le honre, la mujer se somete a su marido y trabajará por su honra.

Otro pasaje que nos ayuda a comprender este tema es el siguiente: “*Porque el varón no debe cubrirse la cabeza, pues él es imagen y gloria de Dios; pero la mujer es gloria del varón*” (1 cor. 11:7). El varón, “en su relación de autoridad hacia la creación y hacia su esposa...”, representa el dominio de Dios sobre la creación y la jefatura de Cristo como

¹ Calvino, Juan. Sermones sobre Efesios. Página 740.

cabeza de su iglesia.”² Pero la mujer, cuando reconoce la autoridad del varón y lo reverencia, es gloria de él, y así los dos glorifican a Dios. El hombre le glorifica gobernando con sabiduría, y la mujer le glorifica, honrando con sujeción a su marido.

La vida, testimonio, modo de hablar, modo de vestir y dedicación al hogar de la mujer, redundará para la gloria o deshonra de su marido. Una mujer chismosa y suelta de lengua es causa de vergüenza para su esposo. Una mujer que viste sin decoro, vulgar y mostrando su cuerpo, es vergüenza para su marido. Él sabe que los otros hombres no lo mirarán con respeto por la clase de esposa que tiene. Pero la mujer virtuosa, la esposa bíblica, con su testimonio, hace que la gloria de su marido brille: *“Su marido es conocido en las puertas, cuando se sienta con los ancianos de la tierra”* (Prov. 31:23).

También el apóstol Pedro exhorta a las esposas para que sean reverentes para con sus maridos: *“Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos, para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa. Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos; como Sara obedecía a Abraham, llamándole Señor; de la cual vosotras habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza”* (1 P. 3:6).

Y una aplicación más para las esposas: ¿Cómo es el trato hacia tu marido? ¿Cómo reaccionas ante la toma de decisiones que no son de tu agrado? ¿Cómo le preparas o sirves la comida cuando tú no estás contenta por algo? Crisóstomo, interpretando Efesios 5:33, nuestro texto central, y hablando del temor o respeto que la mujer debe expresar hacia su marido, dice: *“¿Y cuál es la naturaleza de este temor? Significa que ella no te contradiga, o que se coloque así misma contra ti, o que ame la preeminencia; si el temor gobierna hasta este punto, basta. Pero si tú la amas, como se te ordena que lo hagas, tú lograrás más que esto; lo que es más, lograrás esto ya no por temor, sino que el amor mismo tendrá su efecto.”*³

Amadas hermanas en Cristo, hijas de Sara, no amen la preeminencia. Gózate en ayudar a tu marido para que su servicio al Señor sobresalga más que el tuyo. Recuerda que si tu marido sirve a Dios, y tú sirves a tu marido, los dos recibirán la misma recompensa, porque el

² Kistemaker, Simon. 1 Corintios. Página 406.

³ Howard, R. E. Gálatas hasta Filemón. Comentario Bíblico Beacom. Página 265 (Citando a Crisóstomo)

servicio de tu marido estará ligado al tuyo. No sigas el camino de las hijas del mundo, las cuales quieren sobresalir al igual que sus esposos, porque se consideran inferiores si no trabajan de la misma manera. En el reino de Dios todo es distinto: el servicio a tu marido es el servicio a Dios. Ese es tu principal trabajo. Sé que Dios a algunas mujeres les concede servir de manera abundante en algunos aspectos eclesiásticos (especialmente las viudas o solteras), pero tú, como esposa y tal vez madre, debes concentrarte de manera especial en honrar a tu marido, si haces esto, habrás cumplido con lo que Dios espera de ti, y tendrás una gran recompensa.